

AUGUSTE RODIN

Por JULIETA RUIZ DÍAZ



El Pensador



Las Manos

Ya de por sí, no es fácil el arrancar a escribir en una página en blanco. Y más si se trata de un artista de la magnitud de Auguste Rodin, donde uno siente que ya todo está dicho y muy bien dicho por otros.

Pero, de todas formas, a través de este simple recuerdo, es una forma de tenerlo Siempre presente en *Hay que decirlo con libertad.*

Rodin nació en París, en noviembre de 1840. Murió el 17 del mismo mes, en Meudon, Francia.

Durante el siglo XIX, en Francia, se imponía un marcado estilo académico. Rodin rompió con valentía esa línea y se convirtió en el modelo de la escultura moderna.

Dentro de ese movimiento de arte moderno, se admira su manejo de los géneros como el desnudo, alegoría, retrato y figura. Y los materiales con los que concebía y lograba sus esculturas.

Se formó, nada más ni nada menos, que con Horace Lecoq de Boisbaudran y Albert-Ernest Carrier-Belleuse.

En la ciudad de Meudon, existe un museo llamado Rodin, donde está enterrado.

Pero, el Museo Rodin icónico, es el de París. Es un museo chico, prácticamente una casa, que a medida que se recorre pone la piel de gallina. Como el lugar no es tan notorio, al principio cuesta un poco encontrarlo. Mientras uno se va acercando, al gran espacio donde se cree que va a

encontrar un inmenso cartel con flechas, con su nombre, se siente que uno se equivocó de lugar.

París está dividido en XX distritos: el museo está en el VII. Al ir acercándose, a la derecha, hay un edificio interminable de Air France; enfrente se luce el edificio de los Inválidos, ex hospital transformado en museo, donde está enterrado Napoleón. La cúspide dorada de los Inválidos es casi una insolencia, que la hace más inolvidable todavía. El lado que queda por mirar, es el izquierdo. En la esquina hay, o había al menos hasta hace pocos años, un restaurante italiano, familiar y simple donde casi siempre, el plato del día, eran fideos con salsa bolognesa. No es tan frecuente encontrar pastas en todos los restaurantes de Francia.

Un poco más cerca ya, enfrente, hay un paredón sombrío, si ningún atractivo especial. Se supone que el museo debe estar cerca. Hace años, para mí al menos, lo sutil era ese descubrir y no poner, hoy, Google Maps.

Más cerca todavía, se vislumbra algo. No puede ser. Pero sí. Más cerca aún se ve sobresalir la estatua del Pensador: única. Era ahí. Hay que dar la vuelta por la calle lateral para entrar.

Es realmente, deslizarse en un paraíso. Entrar y ver al fondo, de frente, al Pensador y luego dar una vuelta de 360° y ver el jardín, los bancos, un café sobrio para nada turístico, emociona. A la izquierda del jardín, están las escaleras de la casa que cobija las esculturas de Rodin. También están las obras de Camille Claudel quien fue su alumna y pareja varios años.

Al recorrer la casa, siempre está fresca, en invierno y en verano. Parecería que el mármol blanco y frío transmitiera frescura al ambiente. Es notorio el silencio y la mirada de la gente. Nadie hace ruido. Cada visitante se queda un rato largo admirando cada escultura.

La obra de Rodin es simplemente una maravilla, no me salen palabras, ni me salen mejores calificativos. Es sorprendente el tallado de ese mármol blanco, que podría ser frío y distante como se siente en el ambiente, pero al mirar cada obra, la calidez está al alcance de la mano. Cada detalle, cada pliegue, cada contorno, cada forma, son perfectos.

Toda la obra expuesta es inolvidable, pero creo que Las Manos y El Beso, se incrustan en los ojos para quedarse.

La obra de Camille Claudel, con el claro sello Rodin en el mejor de los sentidos, se entremezcla con la de su maestro y su amor. Las formas de su obra son más filosas, quizás más duras, más determinadas.

Las habitaciones son pocas. Al entrar a la segunda, uno se choca un Monet. Y en otra habitación quizás con un Renoir. Regalos sorprendentes que acompañan el ambiente.

No se sabe cuánto tiempo pasó. Al salir, se ve a la gente sentarse en los escalones de la enorme escalera. Siguen sin hablar, incluso los grupos de cuatro o cinco personas.

He ido muchas veces a este museo y es, sorprendentemente agradable, notar que nadie quiere sacar fotos como en todos los demás; esté prohibido o no.

Después de un rato en el costado del escalerón, para no molestar a los que pasan, cada uno se va parando a su ritmo y baja agarrado de la barandilla. No así al subir.

Al salir al jardín, las flores llevan hasta el Pensador. Es inmenso. Hay bancos cerca para mirarlo sin desviar la mirada. Hay gente que deja flores al pie del Pensador, siempre en silencio.

Auguste Rodin fue sin dudas un precursor, un hombre de un talento apabullante que se hizo dueño de un lenguaje que escribió con sus manos y que cada vez que uno mira sus obras, logra unas de las mejores reacciones que puede provocar un artista: asombro y emoción.